

liza; amenaza las bases de la sociedad moderna; amenaza el ejército, la propiedad, la justicia, el capitalismo; amenaza las grandes y admirables instituciones de nuestra nación, la más bella, la más sabia, y más trabajadora, la más industriosa y la más fecunda de todas las de Europa.

Todos.—¡Es preciso vencer al socialismo! ¡Bien, bien!

El orador.—Tenemos gendarmes para presarlo... tribunales para condenarlo... visiones para encerrarlos... patibulos para...

Todos.—¡Sí, sí!

El orador.—Tened confianza en mí, de adme ese cuidado... yo trataré con dulzura a los ricos y con mano fuerte a los otros. Cuando las riendas del Gobierno están en manos de gobernantes decididos, estos saben defenderse. A los demagogos es suculera lo que a los pobres: los apremiaremos, los condenaremos, los ejecutaremos y... nos los comeremos... ¡Viva la república!

Todos (aclaman y rodean al orador).— Sois un hombre de Estado!... ¡El único hombre de Estado!... Ahora podremos dormir tranquilos y dichosos.

OCTAVIO MIRBEAU

EN ESTA HORA DE DESCONTO

Aprovechando los momentos de angustia porque atraviesa el mundo, sabiendo encauzar los acontecimientos hacia una finalidad altamente generosa; aprendiendo las lecciones que se desprenden de esta hora de descontento universal, acaso podríamos dar un gran avance en el camino que va hacia el porvenir; hacia ese porvenir por nosotros propagado, en el cual ciframos todas nuestras esperanzas y por el que nuestra vida transcurre llena de inquietudes elevadas, plena de idealismos generosos, libérrima en modalidades que tratan, desde ahora, en las obscuridades del mal y de la imperfección, de ir sembrando para mañana el bien, la armonía, un poco más de perfección en las costumbres, en las relaciones entre los hombres, entre las colectividades, en la sociedad entera.

Los abismos de degeneración en que se debaten las sociedades actuales, esos males inmensos que en ellas se desarrollan, y crecen y todo lo invaden, han de terminar un día, sin duda alguna, porque la humanidad marcha, unas veces rápida, otras lentamente hacia un fin de perfección; a veces la marcha es a saltos, que tanto pueden ser de avance como de retroceso; al menos, la evolución moral de las multitudes queda estancada en estos extraños períodos de tiempo, cuando no es normal la marcha evolutiva de los valores superiores, de las ideas que preparan el futuro. Aunque no entrañe este fenómeno un retroceso evidente, es por lo menos una paralización perjudicial. En distintas épocas y motivados por múltiples y varios acontecimientos, hanse originado fenómenos de esta naturaleza. Después, en el transcurso de los siglos, se ha comprendido el error que informaban las ideas sustentadas durante aquellos lapsos de tiempo, y se han renovado valores, se han depurado teorías, se han modificado tácticas y se ha pensado en estudiar otras ideas superiores por las cuales pueda ser evitada, otro día, una época semejante.

En los momentos presentes, cuando el mundo viejo se hunde víctima de sus múltiples errores; cuando todas sus imperfecciones han salido a luz y se han visto, más que suficientemente, los defectos en que se asienta; cuando ha originado el más tremendo, el más inmenso, el más sangriento conflicto que vieron los siglos; cuando los hombres, todos los hombres, ante lo inesperado, lo insólito de la grandeza monstruosa del mal, han incurrido en equívocos y han cooperado al sostenimiento de la locura general; cuando se ha observado con angustia y con dolor la extensión arrolladora de las pasiones ancestrales, primitivas, acaso más inhumanas aun; cuando todo ha sido invadido por la ráfaga de desastrosos, los hombres que quedan enteros, ecuanímenes, fuertes, cuyo cerebro se conserve equilibrado, normal, deben elevar su voz por encima del caos informe, señalando a las generaciones venideras los caminos de la futura rociudad.

Ahora que ya empieza a cundir el descontento, en esta hora propicia, antes que se apodere de los hombres que han asistido horrorizados al desarrollo de este período de tiempo, un pesimismo interior, profundo, nacido al calor de la angustia pasada, es necesario que se oigan las voces generosas que enseñen normas de vida intensa, que deban ser emprendidas, puesta la vista en el mañana y sin olvidar el pasado, las enseñanzas desprendidas de él; que nos empujen a evitar que pueda ser otra vez, sobre la tierra, un espectáculo parecido.

Es preciso que el mundo no presencie, en tiempos venideros, hechos como a los que ahora asistimos.

Si no es una ilusión el progreso, si en realidad de verdad en el mundo ha de vivirse alguna vez en armonía, rodeados los hombres de superiores formas de convivencia social, con una aspiración única y común a todos, de ir superando cada día más las ideas que logren implantar la jus-

licia, a todos debe interesar la importancia de los ejemplos que ahora pueden aprovecharse. Porque todo es ahora injusto, inarmónico; las relaciones entre los hombres son inhumanas, insolidarias, a las veces llenas de maldad; hay pasiones extrañas que les separan, que les alejan y les obligan a tratarse como enemigos, siendo de una misma especie; existen intereses que les empujan a luchas sórdidas, groseras, de una bajeza, de una ruindad desoladora, desesperante. Se desconoce en su grandeza total, mirífica, la gran idea de justicia que a todos nos emancipará un día... Nadie es libre, nadie vive una plena, fecunda vida; prisioneros todos de pequeñas, pobres concepciones morales; encerrados en el círculo reducido de una mera conveniencia material; adornados con insignificantes dotes intelectuales, viven, luchan, se debaten, vegetan, originan los grandes conflictos que sembrán el dolor en el mundo entero, que expanden la angustia por toda la tierra, que llevan a todos los rincones del planeta el horror de la incomprensión, de la maldad, del desconocimiento absoluto e inexplicable que tienen unos hombres de otros.

Luego que han pasado estas épocas de lucha estéril, falta de idealidad, ajena de humanas finalidades, sobrevienen años de una pereza mental, de un decaimiento colectivo, de un pesimismo extremo, que parecen llevar al mundo al agotamiento final, como si ya no valiera la pena pensar en nada, destruido que fue todo por la ola del mal, arrolladora e imponente.

Decaen todos los valores, se amoldan al ambiente de convalescencia universal todas las ideas, se acallan los deseos de mejoramiento, se teme turbar la calma en que todo reposa; esa calma, ese reposo, ese descanso del mundo dolorido, resignado, absorto, confundido, indeciso, callado, que no piensa siquiera en el mal causado, que no piensa tampoco en poner remedio a otros males idénticos que pueden suceder a los que entonces sufren.

Poco a poco, en intervalos lentos, algunos hombres, muy pocos, se sustraen al ambiente de sope; y de marasmo en que todo reposa. Alejados, desolados, sin que nadie apenas se preocupe de lo que dicen, de lo que escriben, de lo que piensan, ellos ofrecen al mundo palabras o escritos alentadores; invitan a los demás a meditar en el horror de lo pasado, en la serena alegría de un porvenir que todos habremos de conquistar. Tenaces, estudiosos, profundos observadores de los fenómenos sociales, analizadores de lo que fue y de lo que habrá de ser, extraen de todos los acontecimientos, lecciones, enseñanzas, ejemplos, teorías. Ahondan en la vida pasada y presente, que no son todavía definitivas y tratan de encauzar la futura vida, que si ha de ser intensa, grande, elevada...

La multitud sigue absorta, sin comprender nada, amarrada a las viejas concepciones. Y porque continúan así las multitudes, el mal se desencadena otra vez y siembra sus negaciones de nuevo, retro trayendo a la humanidad a las luchas primitivas.

El fenómeno se ha repetido inífinitas veces; hororiza pensar en ello, acorcha y angustia y produce un dolor desconocido, reconocer, observar la realidad, la cruda realidad de estos hechos.

Después de lo que se había dicho y se había escrito en contra del mal, parecía imposible que pudiera alcanzarse tan aterradora grandeza como reviste actualmente; su origen radica en esa quietud, en ese desaliento que siempre ha sucedido a sus invasiones; en esas épocas de pereza, de pesimismo en que quedó el mundo, cuando ya había pasado el horror de las tragedias.

Asistimos ahora a la más grande de todas; presenciamos la más inmensa que ha tenido lugar a través de los siglos. Sin duda alguna, después vendrá la calma, el reposo, el marasmo, el no cuidarse de nada, como si ya todo estuviera bien. Es durante la tragedia y luego en ese lapso de tiempo que se sucede, cuando la evolución parece que se ha paralizado; porque nada se eleva imponiendo verdades que hieran, como luces brillantes, poderosas, en la alta noche.

Sin embargo, hay un aspecto en este conflicto que puede variar el curso de los acontecimientos; hay algo amenazante; inquietudes que empiezan a florecer; descontento que finca a través del mundo y se extiende y se expande como una fecunda siembra de libertades.

Acaso sea éste el punto final que se ponga al pasado.

Por ahora, es sólo un interrogante grabado aquí y allá, solamente en donde comienza a surgir la inquietud, todavía no muy honda, pero ya lo suficientemente exteriorizada, para conocer su origen, para cifrar en ella alguna esperanza. ¡Quién sabe aún los derroteros porque ha de marchar el mundo después de tanto mal como en él se ha causado!

Pero si en esta hora de descontento hay hombres que sepan hablar a la conciencia universal despertando sus deseos de ayer, hoy adormecidos; si hay quien tenga el alto valor moral de alimentar esas inquietudes que nacen, con ideas generosas; si hay quien eleve voces humanas que hablen de paz, de amor, de armonía y de libertad para el futuro, imponiendo sus conceptos por encima de la degeneración en que se revuelca la sociedad actual; si hay quien desde ahora empiece esta labor elevada, mañana, cuando la guerra y sus males cesen un momento, no será la calma y la quietud las pasiones que reinen; florecerán, por el contrario, una actividad inmensa; el deseo de aprender, de perfeccionarse, de ir apartando al margen las pasiones agoladoras que tanto horror ocasionaron.

Y será llegada entonces la hora de que la evolución continúe ascendiendo en su ruta liberadora.

DIONYSIOS

DESDE FRANCIA

La represión

La represión amordaza. Todos los gobernantes tienen miedo a la revuelta popular; los gobernantes de países beligerantes más que los otros, porque la revuelta de descontentos puede traducirse en una revolución espontánea y profunda, transformadora de la sociedad. Bien se ha visto en Rusia.

La burguesía teme una Comuna Internacionalista que pondría fin a la guerra y al régimen de explotación del hombre por el hombre.

El santo y seña es REPRIMIR. Los directores alemanes han arrojado en las prisiones del Imperio a quienes propagaban un ideal pacifista y que pedían el inmediato cese de las hostilidades mediante una paz basada en los principios rusos «sin anexiones ni indemnizaciones».

Los mangoneadores norteamericanos han instituido un servicio coercitivo, denominado de «represión del pacifismo». Todo comentario sería superfluo. La república de los Trusts considera la guerra como un fructuoso negocio industrial y comercial, así es que quiere eliminar los hombres que animados por un ideal altruista son enemigos irreconciliables de la guerra. Las condenas se multiplican.

Los «manipuladores» italianos siguen análoga táctica. Numerosos camaradas anarquistas, sindicalistas y socialistas, están en los presidios o han sido deportados a las lejanas islas de Lipari. Recordemos de paso que los socialistas italianos, salvo pocas excepciones, opusieron siempre a la guerra. Últimamente, el director del cotidiano socialista *Avanti!*, ha sido detenido y acusado de «alta traición» en consecuencia de recientes alzamientos populares y antiguerreros acaecidos en Afilián.

Podríamos multiplicar los ejemplos de la represión ejercida por los gobiernos. La relación sería interminable.

Los años del cotarro franceses—y en particular el viejo republicano revanchista Clemenceau—han inscrito en su programa el proseguir la guerra. «hasta el último extremo», es decir, hasta el aniquilamiento de cuanto resta de hombres válidos... Para alcanzar ese fin, la policía de la república amordaza, encarcela, aterroriza, a cuantos están animados de un criterio internacionalista.

Clemenceau, en los discursos oficiales, proclamase partidario de la libertad de opinión. En realidad, si la prensa belicosa tiene toda clase de facilidades para predicar la guerra a ultranza, la «guerra total», la prensa de vanguardia social, padece, además de los rigores de la censura, múltiples prohibiciones.

*Ce qui faut dire* (Lo que se debe decir), semanario sindicalista y anarquista-comunista, que publicaba Sebastián Faure, ha sido suspendido indefinidamente por las autoridades.

*Par delà la Meïde* (Por encima de la lucha), publicación de nuestro amigo Aniani, ha sido castigada indirectamente; bajo un pretexto forjado por la policía, nuestro camarada fue llevado ante un Consejo de Guerra y condenado a cinco años de encarcelamiento. Esto no obstante, diversos colaboradores del referido periódico, continúan en sus trabajos de propaganda, editando una nueva revista titulada *La Meïde* (I) (La Pelea).

*Franchise* (Franqueza) y *La Plebe* (La Plebe), semanarios sindicalistas de tendencias anárquicas, fueron suspendidos desde el primer número.

El redactor de *La Plebe*, Fernand Després, ha sido además arrestado, acusándosele de «inteligencia con el enemigo», bajo pretexto de que se hallaba en relación con un amigo de Lenin, residente en Suiza, el publicista Guilleaux.

Sabido es que la inculpación de «inteligencia con el enemigo» tiene como consecuencia la pena de muerte. Nada más fácil para los jueces del Gobierno Clemenceau que condenar por orden. Todos los medios son puestos en práctica por los gobernantes y su policía para desbaratarse de los hombres de pensamiento libre cuyas críticas les importunan.

Por otra parte, diversos sindicalistas acaban de ser detenidos, entre ellos Broutchoux, Pézicac. El Gobierno, temeroso de la revuelta popular, quiere meter en sus Bastillas a todos los que por su fuerza moral son susceptibles de tener un influjo en las masas.

La represión prosiguese metódica, tenaz...

La finalidad de los gobernantes es retrasar la terminación de la guerra, persiguiendo al efecto a los pacifistas. Diversas razones determinan a seguir esa política.

La guerra es un manantial de beneficios sin precedente para los industriales, comerciantes, políticos, periodistas, en una palabra: para el conjunto de mangoneadores.

Por la guerra se fortifica el dominio de las clases poseedoras sobre los pueblos; las exiguas libertades que los esclavos han arrancado a sus amos, se desvanecen bajo el peso de la dictadura y en nombre de la «defensa nacional», reorganizanse largas jornadas de trabajo, el *surmenage* de las mujeres y de los niños, las privaciones materiales, sin hablar de la consecuencia ineludible de la guerra: los sufrimientos morales.

Esta guerra debía ser, en el sentir de quienes la promovieron, un medio de dominar a los trabajadores, de librarse de

sus reivindicaciones, al par que realizan espléndidos negocios...

En una palabra: si el pueblo de Occidente está aún sometido a la férula de la esclavitud económica y autoritaria, los trabajadores esclavos, por su parte, han sacudido la cadena y han barrido la oligarquía de gobernantes, de banqueros, de parásitos, que vivían de su sudor, de su sangre. La revolución rusa es un ejemplo dado a los oprimidos del universo.

Los gobernantes lo comprenden: espantados que los conceptos de entereyuda y de amor, preconizados por los maximalistas rusos, se propaguen, derrocando en su marcha emancipadora los puntales de la actual sociedad...

Ante el «peligro revolucionario» los burgueses se coaligan; preparan la resistencia por la represión.

J. L.

DOS JUICIOS NOTABLES

Hojeando papeles viejos—nunca son bastante viejos cuando pueden enseñar algo—encontramos los dos siguientes juicios sobre sindicalismo, socialismo y anarquismo, emitidos en dos distintos periódicos de marcada significación burguesa. Interpretan bastante bien nuestras aspiraciones de emancipación integral a la paz que universal. En efecto, no basta emancipar políticamente a la clase obrera; es necesario, asimismo, emancipar moral e intelectualmente a la multitud que está por debajo de esta clase sindicada y a la que está por encima del cuarto estado. Hay que hacer surgir el *hombre nuevo*, emancipar a la humanidad de todos los errores, tiranías y servidumbres que constituyen y dirigen la vida actual. No basta emanciparse económicamente. Un burgués adinerado puede ser un perfecto esclavo del cura, de la sordibula, del político truhán, del literato arrivista, del artista histrión. Asimismo no basta emanciparse intelectual y moralmente; si a nuestro alrededor hormiguea una multitud de imbéciles capaces de amargar y entorpecer la vida del ser más completo. El espectáculo de la miseria moral y de la miseria intelectual, es tan doloroso como el espectáculo de la miseria material. De todas las servidumbres de liberarse a los semihombres actuales si se quiere formar realmente una sociedad de hombres integrales. Por esto la llamada *cuestión social* es compleja y no se reduce tan sólo, como pudieran creer algunos espíritus simplistas, a emancipar económicamente al proletariado. Tan irracional es el pretendido superhombre de las alturas actuales como el ex hombre de nuestros abismos sociales. Ambos son los dos extremos de una cadena que sujeta a toda la humanidad a una vida de bestias corriendo en pos de una felicidad que sus mismas preferencias y resignaciones y sus mismos errores e ignorancias vuelven ilusoria. Y la sociedad futura que no satisfaga lo más completo posible estas naturales exigencias del estómago, del corazón y del cerebro, no sería una sociedad nueva tal como pretenden forjarla las aspiraciones del socialismo anarquista, sino mera continuación, más o menos reformada, de esta sociedad que a todos nos hace sufrir actualmente. Sirvan, pues, estas ligeras indicaciones, de presentación de los dos artículos de referencia, que gustosamente reproducimos porque se apartan de las consabidas e intencionadas tergiversaciones—que de nuestros ideales sueles hacer los escritores burgueses.

Socialismo desconocido

Al rededor del socialismo sindicado extiéndese el caos de la miseria inorgánica, el campo de batalla de los esfuerzos latentes e ignorados.

El proletariado es ya una sociedad oficial, un poder establecido, que posee sus leyes, su código, su presupuesto, sus monumentos públicos; es ya un Estado, un Gobierno, y este Gobierno tiene su bandera que ondea en los rayos del sol.

Las Casas del Pueblo y las Bolsas del Trabajo son Ministerios y Parlamentos revestidos de todos los aparejos de la deliberación y de la ciencia: tribuna, electricidad, teléfonos. El Senado romano en tiempo de Augusto legislaba menos cómodamente que las asambleas de los proletarios del siglo XX.

¿Se anunciaba la próxima aparición de un «cuarto Estado» en la escena del mundo? Pues ya ha surgido; su advenimiento se va efectuando de día en día por una revolución insensible, y para que obtenga todo su derecho, el juego de las antiguas revoluciones es ya superfluo. Trata con las potencias, y es, desde este punto de vista, una de ellas, organizada de modo que deja entrever la época en que las insurrecciones del futuro socialismo: se harán contra él.

A lo lejos extiéndense las regiones inexploradas, de que la Geografía no ha trazado aún las líneas en el mapa. Allí es donde se encuentran todos los vencidos, los enfermos incurables e indigentes, los ciegos, los tísicos y los histéricos; los que no poseen un oficio, ni tienen amigos ni compañeros; las jóvenes abandonadas, las mujeres sin marido, losaqueñados sin madre, los ancianos sin hijos; todos los vagabundos, todos los parias, innumerable ejército que carece de bandera.

A esta república va; abunda pertenecen las hordas de muertos de hambre errantes por las grandes vías de Europa, los que no tienen hogar, los descalzos, los descaimados. Es la gran república socialista, internacional y universal, que no posee tribunas, ni Parlamentos, ni periódicos, y para quienes Karl Marx no escribió su *Capital*.

Vosotros no habéis redactado aún, amigos míos, el periódico para los que no tienen ni un céntimo, que no podrían comprarle ni sabrían leerlo. Pero ¡qué clientela, si supiérais recogerla! Cubre Europa con sus legiones hambrientas.

Su bandera no es de un color rojo púrpura ni de un negro ebano, recortada y orlada con esmero por fabricantes con patente: es un montón de pingajos, sin color y sin forma, que lleva en sus desgarrados las esperanzas del más lejano porvenir.

Es la verdadera república socialista, en la que no se conocen los procedimientos burgueses de las elecciones sofisticadas; donde no se reúnen en restaurantes confortables, al rededor de mesas en que la cerveza desborda y entre la humareda aeradora de las pipas, para discutir los inciertos textos de las leyes y de las constituciones. ¿Qué les importa todo eso a quienes su política tiene por objetivo último e irrealizable pan y camisa?

Es la verdadera república de miseria y angustia, pasiva y muda, sin leyes y sin límites, poblada de sombras y de fantasmas, que se desliza, que huyen, sin resistencia, sin voluntad. No se conocen ni se asocian entre sí, y los legisladores de Europa no se detienen siquiera a interrogar a esta multitud sin jefes y sin sufragio.

Los niños, los viejos, las mujeres, tres debilidades, tres enfermedades: he ahí las clases principales de nuestra república desconocida.

La infancia indigente, mártir desde que viene al mundo, ¿por qué es tan golpeada, perseguida, mojada, escarnecida, asesinada, antes de haber hecho nada? Estas boquitas inocentes y rosadas, no tienen que comer, cuando tantos estómagos robustos

se atracan de las delicias todas de la tierra: estos pequeños piecitos tan lindos sangran al pisar los guijarros de los caminos; estas acariciadoras manitas, ¿por qué tiemblan así de fiebre y necesidad? ¿Os quejáis de la horrible mortandad de niños que diezma la sociedad y la hará desaparecer; pero si los niños abundan en todas partes los hay; en los bordes de los caminos, en los umbrales de las casas, sobre la hierba de los prados; el aire está lleno de sus quejidos. En el silencio de las noches, si sabéis escuchar, ¿no os parece oír a lo lejos el vasto y plañidero murmullo que vibra sobre la superficie de la tierra? Son los millares de almas de los pequeños que vosotros dejáis morir.

Los que han escapado por milagro, cuando son ya algo más grandecitos, vagan por el mundo en busca de alimento, y entonces vosotros los llamáis «hologazanes», sin que hayáis intentado darles su valor y su precio. Se los arroja en las encrucijadas, se los persigue, se los conduce a la leñera, quiero decir, a la casa de corrección. Son algo más, no mucho, que pequeños perros; son una figura de hombre, y se hará de ellos, gracias a una educación apropiada, profesores del robo y del asesinato.

Las mujeres vagabundas, las jóvenes indigentes, no habéis llegado aún, dentro de vuestro bárbaro lenguaje, a llamarles «hologazanes»; tienen un valor social, y precisamente por eso, generalmente vienen reducidos a venderlo a vil precio a la sociedad, lo que transforma este valor en esterilidad, en nada. ¡Oh triunfo de la economía política!

Y después, además de estas clases principales, niños, mujeres, ancianos, existe el pueblo inmenso de «pobres vergonzantes», que se multiplica al infinito, de toda edad, de toda condición, extenuado por el exceso siempre creciente de las necesidades de la vida. Estos os rodean llenando vuestras casas y vuestras calles; pero no los reconocéis ni os fijáis en ellos. Obstruyen la circulación, la animación de la ciudad, en busca de un medio cualquiera de subsistencia que huya sin cesar. Jamás sabremos el número de trajes de paño o lana que cubre cuerpos deteriorados por las privaciones. De tarde en tarde se recoge a algunos en una esquina cualquiera de las calles, o descúbrense sus cadáveres en los tugurios, cuando principian a oler mal: estos son los buenos pobres.

Y después, aún, todos aquellos que luchan aislados, obscuramente, contra las dificultades de cada día, y que logran vencerlas o desviarlas por su labor constante; los que cavan la tierra, los que forjan, asientran, golpean, arrastran fardos, construyen edificios, dibujan, esculpen, fabrican el papel, para mantener a su mujer y educar a sus hijos, que a su vez, harán lo que ellos; la multitud innumerable que cuida y perfecciona la vitalidad de la tierra, que penosamente transfiere su energía a las venas y canales del mundo y que permite discurrir a los demás—¡ni hablar de ella!—que sirve de base a los que escriben libros—¡que no leerá!—que hace que sea posible la elevada ciencia por la abnegación de su fecunda inconsciencia...

El socialismo sindicado es tan invisible en estos abismos del socialismo flotante como una isla en el mar. Hay en su seno continentes que emergerán, volcanes que estallarán, capas geológicas que sucesivamente saldrán a la superficie, y entonces sistemas con los que hoy nos enorgullecemos serán simples conchas vacías en las orillas del Océano.

HECTOR DEPASSE

Le Journal, París, 1904.

LA BURGUESÍA

Según los socialistas, es el *tercer Estado*, que a partir de 1789, ha reemplazado a la nobleza, y que comprende a todos los que poseen, a todos los que han acaparado la fortuna, los poderes, las situaciones.

(1) *La Meïde*, Pierre Phardou.—Route d'Essoudou, en Deols (Indre) Francia.